

probabilidad entre cien de salvarse y no podía elegir cosa mejor, se contentaba con aquello.

Por desgracia, su caballo no tropezaba ni resbalaba, y resolvió ayudarle en tal sentido. Una violenta presión de las piernas en el momento preciso podía precipitar al caballo y al caballero en el barranco. Así lo hizo, y con gran estupefacción de sus guardianes.

La caída no fué muy suave que digamos. El animal quedó muerto, sin alientos ni para relinchar. Chaverny no le vió morir, por la sencilla razón de que perdió el conocimiento y tardó un cuarto de hora en recobrarlo. El horrible salto tuvo como consecuencia la rotura de las cuerdas que le sujetaban; y aunque le quedaron los puños ensangretados, no por eso estaba menos libre.

Inútil es decir que había perdido su sombrero: de conservarlo, se lo hubiera quitado para saludar á sus guardianes, que le creían hecho pedazos, y cuyas figuras se dibujaban al borde del abismo escuchando algún grito supremo de agonía ó de auxilio. El Marqués hizo un gesto de despedida y soltó una impertinente carcajada, diciendo:—¡Deberais haberme guardado en terreno llano! ¡Los terrenos quebrados tienen sus quiebras para los guardianes cuando los presos saben aprovecharse!



XI

El prado del buco.

No sin razones serias había faltado á la cita de Mariquita el caballero de Lagardère.

Como nada le retenía en Segovia, en cuanto se proporcionó los caballos necesarios púsose en marcha con sus compañeros. Sabía que Aurora no estaba en Madrid; pero carecía de indicios para suponer si se encontraría en otra población castellana, ó en Navarra, Aragón ó Cataluña.

Desde la cumbre del Moncayo Enrique paseó una mirada en torno, confiando tal vez en que una inspiración celeste le indicara por dónde debía dirigirse. Pero el cielo se calló, y el Sol siguió impasible su curso sin preocuparse de los amores del valiente caballero. Á lo lejos deslizábase el Ebro majestuoso, y contemplando su turbia corriente preguntábase Lagardère:—¿Debo

buscarla por la margen derecha, ó por la izquierda?

Estaba nervioso é impaciente. Desde Bayona no tenía noticia alguna de su amada, y todas sus pesquisas habían sido estériles. Cada nueva decepción abría en su corazón una herida. Habitado á luchar y á vencer, los alfilerazos que se complacía en aplicarle el Destino hostil le irritaban y le excitaban extraordinariamente.

Cocardasse y Passepoil estaban extenuados de fatiga. El caballero no les dejaba comer, ni beber, ni descansar; pero no se quejaban, como tampoco el vasco, que, tan silencioso como charlatanes eran los otros, seguía á Lagardère como su sombra, y quizás era el que mejor comprendía su tormento.

Como quiera que hasta el día siguiente no debían llegar á Zaragoza, dió permiso á sus hombres para que descansaran en Tabuena.

—Bebed, descansad y divertíos—les dijo;—afilad vuestras espadas y cuidad vuestros caballos. Es tiempo de salir de esta situación de entumecimiento en que nos hallamos; y si mañana no averiguamos dónde se encuentran las que buscamos, iremos á preguntárselo á Gonzaga.

—¡Sangre de Cristo!—murmuró Cocardasse á su amigo.—¡El volcán ruge ya, y mañana le veremos en erupción!

—Veremos cosa roja por lo menos—contestó el normando.—¡Correrá sangre; tal vez la nuestra!

—¡Mal pecado! ¡La tuya es blanca, amiguito! ¡Y la culpa es tuya, que no la enrojeces mezclándola con vino!

Los dos compadres iban á entregarse á una de sus sempiternas discusiones, cuando intervino Antonio.

—¡Bebamos!—dijo.—La sangre y el vino no son mejores por ser más rojas, sino por su mejor calidad.

Lagardère permaneció todo el día encerrado en su cámara, y no salió hasta que el Sol desapareció en el horizonte.

—¿Estáis dispuestos?—preguntó bajando al comedor.

Los tres estaban á la mesa. Acababan de cenar, y Cocardasse, que no se había movido de allí desde el mediodía, apuró de un trago una botella más de mediada que se encontraba al alcance de su mano.

—Preparad los caballos. Vamos á marchar.

Un cuarto de hora después galopaba á la cabeza de sus hombres en dirección al río Ebro.

El gascón tenía algo enredada la lengua por exceso de bebida; pero eso no le impedía charlar: sólo la horca había tenido bastante poder para ahogar su verborrea.

—¿Hace mucho tiempo que no tienes alguna pesadilla, Amable?

—¿Y cómo diablos quieres que pueda soñar, si no dormimos apenas? Hace cerca de una semana que mis huesos no saben lo que es reposar en un lecho.

—Yo he tenido más suerte que tú: dormí á pierna suelta la vispera de que me ahorcaran en la cárcel de Madrid.

—Me parece que yo en tales circunstancias no hubiera podido pegar los ojos.

—Tú, es posible; pero yo dormí como un lirón; y en prueba de ello, voy á decirte lo que soñé.

—¡Supongo que no sería un sueño de color de rosa!

—¡No sabes lo que te pescas! Verás. Ibamos, como esta noche, persiguiendo á ese bellaco de Peyrolles y á sus prisioneras, cuando una cuadrilla de diablos intentó detenernos en nuestro camino.

—¿Diablos?

—Sí, diablos. ¿Qué?

—¿Y cómo iban á detenernos?

—¡Pues con sortilegios, hombre!

—¡Hum! ¡Es un mal sueño!

—¡Mal pecado! ¡Aguarda antes de sacar la lengua á relucir! Con los diablos había

mujeres, lo que viene á ser lo mismo.

—¡Ah! ¡No, no!—protestó el galante Passepoil, ¡No digas eso! Hay mujeres que son ángeles...

El gascón le interrumpió:

—Además había calderas, enormes calderas, y diablos y mujeres danzaban en derredor. Yo tenía una sed rabiosa; sacaba una lengua de seis palmos...

—¡Te creo; era una imagen del Infierno! ¡Tal vez el mismo Infierno!

—Es posible. ¡Cuernos de Satanás! ¡Por eso había tantas mujeres jóvenes y viejas, hermosas y feas, gordas y flacas! ¡Y adivina, pichón, adivina de qué iban vestidas!

—Dímelo tú.

—Pues de viento, sencillamente.

—¿De viento?

—Sí; de viento: de aire, para que lo entiendas mejor, y de la luz roja de las calderas. ¡Vaya una boca que hubieras abierto tú, hermano Amable! ¡Y había más de ciento!

—¡Tienes suerte en haberlas visto, Cocardassel! Verdad que era en sueños; pero ¿no es la ilusión una mitad de la vida?

—¿Y qué más?

—Volaron á caballo en unas escobas, y entre tú y yo echamos en la caldera á los diablos. Y hallamos muchas botellas, toneles y odres llenos

de vino. ¡Pero qué vino, compadre! ¡Cosa rica!...

—¡Siempre tu maldita pasión!

La noche era oscurísima; pero las nubes no tardaron en desgarrarse para dar paso á los rayos de la Luna, que iluminaron con su luz pálida súbitamente el valle.

Los viajeros distinguieron cerca de ellos sombras errantes que aparecían y desaparecían entre los matorrales y entre las rocas. No parecían tener intenciones hostiles, y la mayoría parecían mujeres; pero era por lo menos muy extraño aquello, y Lagardère, que desde la emboscada de Pancorbo se había hecho desconfiado, se propuso ver si descubría aquel misterio.

Para observar mejor se metió con sus compañeros en un bosquecillo que bordeaba el camino, y ordenó á los dos diestros que guardaran silencio.

Más de cien sombras habían desfilado ya, internándose por una senda de cabras, y seguían llegando más. La mayoría parecían mujeres, y sólo con ver las precauciones que tomaban para no ser vistas comprendíase que su reunión tenía un móvil secreto. Sorprendido el caballero, preguntó al vasco, que estaba á su lado, no menos asombrado que él:

—¿Comprendes tú algo?

—Nada. Varias veces he pasado por esta re-

gión; pero nunca vi nada semejante. Quizás con- vendría seguir las.

—Lo mismo opino. ¡Vamos!

—Amable—susurró el gascón al oído de su compadre,—quizás entre mi sueño y lo que vamos á ver no haya mucha diferencia.

—¿Crees que se realizará por entero y que habrá señoras?

—¡Cuernos de Satanás! ¡Te prometo que las verás por docenas!

Ataron los caballos á varios árboles bastante separados del camino para que no fuese fácil tropezar con ellos, y los caballeros tomaron en fila el sendero por donde habían desaparecido las sombras. Era una senda estrecha, atestada de pedruscos, bordeada de arbustos espinosos, y que descendía en rapidísima pendiente á una especie de cuenca rodeada de murallas naturales.

Cocardasse, que no veía muy claro ni tenía muy ágiles las piernas á causa del vino trasegado á su estómago, tropezaba á cada momento y juraba con sordina. El sendero se estrechaba más y más, pareciendo que iba á sumirse en las entrañas de la Tierra. Muy pronto no fué más que una línea, como una raja entre dos rocas; apenas podía pasar un hombre.

Lagardère marchaba el primero, espada en mano, devanándose los sesos para adivinar lo

que podía llevar á tanta gente á un lugar tan desierto y tan bravío y á semejante hora, pues serían ya cerca de las diez de la noche. De repente se detuvo, é hizo seña con la mano á los demás para que le imitaran.

—¡Tu sueño!--exclamó Passepoil con los ojos casi fuera de las órbitas.

—¡Sí, mi sueño! ¡Verás cómo nos divertimos!

Rodeado de una muralla de rocas había un risueño prado, en cuyo centro brotaba un manantial de agua límpida como el cristal. El suelo estaba tapizado de yerba mezclada de multicolores florecillas. Era un sitio encantador, semejante á algunos de los elegidos por los cenobitas que quieren vivir separados del mundo.

Quizás lo que vamos á relatar parezca inverosímil; pero es cierto. Era un viernes, día de aquelarre. Desde la hora en que empiezan á aullar los lobos hasta el canto del gallo, brujos y brujas se reunían en distintos puntos de la Península. El que fué su último rey, Miguel Goiburn, tenía sus sesiones en el sitio adonde habían llegado Lagardère y sus acompañantes. Todos los adeptos deben acudir al aquelarre lo menos una vez al año, como los musulmanes á la Meca, y aquel lugar se llamaba el *Prado del Buco*.

Miguel Goiburn era un hombre singular, co-

mo hecho á propósito para representar aquel papel, y sin duda por eso había logrado su monarquía. Muy cabezudo, los cuernos postizos con que se adornaba no podían hacer su cabezota más grotesca; tenía los ojos redondos y salientes como los de las aves nocturnas, barbas de chivo y mandíbulas siniestras. Llevaba las uñas de las manos y de los pies desmesuradamente largas y encorvadas como garras; sus piernas velludas con pelos largos y negros podían dar la ilusión de que pertenecían á un macho cabrío.

Passepoil contemplaba estupefacto aquel baile infernal, del cual se reía Cocardasse. Sucesivamente todos los adeptos fueron á prosternarse ante el maestro y á besarle los pies, mientras que los primeros que cumplieron tal deber alzaban una especie de altar. Miguel Goiburn comenzó á hablar con voz ronca, colérica, rabiosa, ensartando blasfemias y blasfemias.

El caballero escuchaba con atención.

—La guerra entre Francia y España se ha declarado—dijo por último.—¡Regocijémonos! Los ejércitos van á degollarse unos á otros, y nosotros debemos ayudarlos en su tarea. Cuantos más matéis de cualquiera de los dos bandos, mayor gloria proporcionaréis á Satanás. ¡Aprovechad, pues, todas las circunstancias, y matad, matad!

Enrique de Lagardère estaba indignado. Pero lo que acababa de oír le indicaba que el Regente se hallaba en guerra contra Felipe de Borbón, y su deber era pelear por Francia, su patria.

—¡Matemos á todos estos bribones! ¡Que no se escape ni uno! En cuanto á las mujeres, aunque son tanto ó más bribonas, no podemos matarlas. No creo que haya otra salida que ésta. Tú la guardarás, Passepoil, y no dejarás salir más que á las mujeres, matando á los hombres que se nos escapan.

—¡Comprendido! ¡Perded cuidado!

—¡Sus; adelante, amigos! ¡Acabemos con esos monstruos!

El elemento masculino se componía de unos treinta individuos. Las mujeres pasaban de cincuenta. Al grito de Lagardère respondió un clamor general, y Miguel, olvidándose de que era rey, trató de huir. Pero el cuerno dorado que adornaba su frente voló en pedazos, y en su lugar se introdujo la espada de Lagardère dejándole un agujero sangriento entre ceja y ceja. El último rey de los brujos acababa de morir á manos del caballero.

El pánico fué espantoso. En el Prado del Buco resonaron clamores de agonía, lamentos de angustia, evocaciones á Satanás, ayes y aullidos; y las brujas, como rebaño que huye ante un incen-

dio, se precipitaron á la salida, que guardaba Passepoil, el cual mataba ó hería á los varones y descargaba cintarazos sobre las desnudas espaldas de las mujeres.

Algunos hombres intentaban defenderse, sin acordarse de recurrir á los sortilegios, con palos y piedras. Ocho ó nueve hicieron frente á Lagardère, y una docena á los otros dos. Pero uno tras otro fueron cayendo á los golpes de las espadas de Lagardère y Cocardasse y al puñal del vasco. Todos los fugados huyeron desnudos como estaban: las mujeres, una vez fuera fuera, escondíanse palpitantes en los matorrales: otras corrían desatentadas sin saber por dónde, y la mayoría tomaban á todo prisa el camino de sus casas para refugiarse antes del alba, pues sorprendidas de aquel modo por los cuadrilleros, arriesgaban ir á la hoguera casi seguramente.

Una de ellas tropezó en su fuga, sin poder esconderse, con varios jinetes que la persiguieron y la apresaron en breve. Eran los *enrodados* de Gonzaga. La fugitiva se dejó caer á un barranco, viéndose perdida, y se agazapó en un matorral. Batz, Taranne y Nocé dieron los caballos á Oriol y bajaron.

—¡Aquí la tengo!—dijo el Barón triunfante.

—¡Ya la pesqué!—decía al mismo tiempo Nocé.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Ah, hermosa! ¡Eres mía!—exclamaba Taranne.

Y los tres salieron del matorral cada uno con una. Las tres eran jóvenes, bellas dos de ellas, y todas desnudas.

—¡Parece como si se hubieran escapado de una cena del Regente!

Al darse cuenta de que los caballeros no eran alguaciles, ni cuadrilleros, ni siquiera españoles, las prisioneras se tranquilizaron un tanto, y del mismo matorral salieron cuatro más. Nocé interrogó á una de ellas, que le respondió:

—En vez de perseguirnos á nosotras, deberíais perseguir, si no á los que están degollando allá, á nuestros hermanos y hermanas. Si sois caballeros id, y nada podremos rehusaros.

--¿Qué quieres decir?—preguntó Nocé.

--Huimos porque se han presentado ante nosotras cuatro hombres malditos que nos han insultado, y que matan á todos los que carecen de armas para defenderse. Si no sois de ellos, nos debéis ayuda y protección.

—Tienes razón—exclamó Taranne.--Pero explícanos antes por qué se ha producido ese ataque nocturno y quiénes son esos hombres.

—No lo sé. ¡Ay! ¡Nuestro amado rey hubiera podido decíroslo, pues lo sabía todo; pero yace sin vida, con un agujero en medio de la frente!

—¿Es una estocada? ¿Se la han hecho con una espada?—preguntó Taranne ansioso.

—Sí, entre los dos ojos.

Y la muchacha indicaba con el dedo el lugar de la herida en su propia frente.

—¡Es Lagardère, señores!—exclamó Nocé.—
¡No hay duda alguna!

